

1.783 –24 de julio– 1.983

**MOMENTOS ESCOGIDOS EN LA
VIDA, ACCION Y GLORIA DEL
LIBERTADOR SIMON BOLIVAR.**

TRIBUTO CORDIAL DE ADMIRACION HISTORICA

CARLOS BETANCUR ARIAS

**Miembro de la
Academia Antioqueña de Historia
Miembro de la Academia Colombiana
de Historia Eclesiástica
Asesor Jurídico de la
Curia Arzobispal (Medellín)**

PRIMER MOMENTO:

El 17 de diciembre de 1830, Simón Bolívar, después de haber hecho un breve recorrido por el tiempo, que duró poco más de cuarenta y siete años, vencido por la enfermedad, humillado por las decepciones humanas y la fatiga; atormentado por sus propios compatriotas que le negaban la entrada a su patria; desterrado por los amigos de ayer que hoy le señalaban la puerta de salida con dedo zañoso, entrega su alma grande al Creador.

Su lecho de muerto estaba rodeado por tiosos generales, por un médico y un obispo extranjero; nunca en parte alguna hizo tanta falta una mujer, como en ese lugar y en ese minuto, de la tormentosa vida del héroe.

Los viejos punteros de un viejo reloj de pared, rendidos también por el cansancio, apenas se sobrepasaban el uno al otro, sobre el uno de su raído mostrario.

El héroe cerró los ojos de su cara al tiempo, y en ese instante supo lo que era el infinito. A la una y unos pocos minutos de la tarde del 17 de diciembre de 1830, nació su gloria, en un salón de la vieja casa de la quinta de San Pedro Alejandrino. Y esa Gloria llevaría en sus miradas de fuego, la llama del genio vuelta corona ardida; y en sus manos empezaba a formarse la historia de sus hazañas. Bolívar empezó entonces a existir para la gloria.

El mundo libertado por su genio, se apedazaba entonces, por las pequeñas incidias y avaricias de los que participaban del destello de su gloria; pero ellos solos no eran capaces de crear la gloria. La gloria es un fanal que irradia e ilumina la historia. Los héroes son generadores de la gloria; la gloria en ellos no es su corona, sino que se constituye en centro desde donde iluminan la historia. Sin gloria es imposible la heroicidad. La gloria es hija legítima de la heroicidad.

Los que sobrevivieron a Bolívar, participaron de su gloria que los iluminó, como un sol a sus satélites; cuando se apagó para el tiempo la vida de Bolívar, se encendió su gloria; pero también se elevó tanto, que dejó a oscuras a muchos de los que ayer participaron de su luz, y en ella se movieron. Ni Flórez en Quito, ni Páez en Caracas, dueños empequeñecidos de parte de la gran Patria que creó Bolívar, fueron gloriosos; habían sido grandes, cuando participaron de la gloria del héroe, del centro único de toda esa epopeya.

Cuando Bolívar agonizó, se hizo la noche sobre la historia de media América, y sólo vuelve a amanecer sobre el continente, cuando los manes del héroe vuelven a iluminar su destino.

SEGUNDO MOMENTO:

Uno de los momentos más tristes en la vida del Libertador Simón Bolívar, es el que culmina en el mes de mayo de 1830, en Bogotá. Las decepciones tuvieron su culminación en ese instante. Todo era tristeza ya y sombras en el alma del héroe,

que presagiaban su definitivo viaje hacia la gloria.

Bolívar había entrado a Santa Fe de Bogotá en un brioso caballo blanco, que redoblaba con las patas delanteras, al son de los tambores; que se encabritaba encorbandando la nuca hacia dentro, para mirar por encima de sus ojos; que se sentía orgulloso de su caballero que era para sus lomos suave peso y dulce carga.

Se llamaba Palomo y se lo había regalado la señora Casilda, cuando apenas era potro cimarrón.

Es el caballo preferido; ese caballo es el de las entradas triunfales; ese caballo fue el de las desbocadas sin freno en las batallas sublimes; ese caballo es el que acompaña al héroe vuelto carne de bronce como su dueño, en las plazas públicas de muchas capitales.

Y ahora salía Bolívar, el mismo héroe, no propiamente jinete de un caballo, sino de una mula orejona, porque tiene patas más delgadas y seguras para los caminos malos del invierno de mayo; porque los caminos hacia Honda, por Guaduas, deben andarse ya con mucho juicio y cuidado; el caballero de ayer, está ahora nostálgico y pensativo: el dedo índice de su mano derecha lo lleva sobre su labio inferior; su mano izquierda soporta las riendas de la mula, que sabe el camino y no necesita siquiera que se le guíe.

El galápago de ayer, es ahora una silla casi de vaquero; el uniforme de las entradas triunfales, es ahora apenas una casaca de paño grueso para cubrir sus huesos, y, encima de todo, está cubierto con una ruana de un raro color parecido al café; y su cabeza, que se empenachó ayer en los grandes triunfos, con el napoleónico kepis francés, lleno de plumas, está cubierta esta mañana, con sombrero jipijapa.

Oh! General Bolívar! Cómo te han tratado. Cómo es que así te ha vuelto la vida y te han convertido en harapo humano los contradictores y ladrones de tu gloria. Eres, Señor Don Simón, como el Cristo del paso o de la calle de la amargura.

Y así, despedido con el dulce beso cálido de Manuelita apenas, y de unos pocos amigos rodeado, monta en su mula, y pasa la plaza de mercado de Santa Fe de Bogotá, para tomar por el norte, el camino de Guaduas, término de una jornada.

Y cuando pasa por los ventorrillos, los ganapanes y gamines de entonces, le tiran piedras pequeñas y cáscaras de frutas relamidas, a la cara y le gritan el apodo que alguno de sus enemigos de la conjura de septiembre del 28 le había puesto: "Longaniza".

Quién podría reconocerte entonces, Señor don Simón, en ese estado. Pero así fue y así te vieron salir las calles atónitas de Santa Fe, que un día anterior, se habían iluminado, como si tuvieran, en anticipo, luz eléctrica, con los destellos de tu gloria.

TERCER MOMENTO:

Después de la amarga partida de Bolívar de Bogotá, el sol había escondido sus rayos en dos tardes ya; tenía un tinte rojizo vergonzoso, en los límites del poniente, por cuanto el héroe en sus horas ya de la tarde, estaba también ocultando su brillo al tiempo, para amanecer después en los orientes de la historia.

Bolívar había llegado, en su segunda jornada de viaje, a HONDA; era Gobernador de Honda, el General Joaquín Posada Gutiérrez, gran amigo leal del Libertador; como es apenas lógico, lo recibió con los honores que el héroe se merecía; lo atendió en su casa; y se puso a preparar un CHAMPAN, que era una especie de embarcación hecha de un doble piso de guaduas, amarradas con bejucos. De dos enhiestas guaduas firmes, colgaba una hamaca, en que pasaría la mayor parte del tiempo el Libertador, en su viaje por el río Magdalena.

La hamaca fue cubierta con un velo o tela, para librar la pobre humanidad del enfermo, de las voraces picadas de los mosquitos.

Pocos días después fue acusado el General Posada Gutiérrez, en el Congreso de la República, de malversador de dineros públicos, porque en esos menesteres había invertido la suma de dos pesos con unos pocos centavos de entonces. Todo lo que se hiciera en beneficio del grande hombre, era investigado entonces con lupa morbosa y se encontraba, en ello, causa de mala conducta; era mala conducta prestar un mínimo servicio a quien todo lo había dado por la salud de la patria; a quien había vendido todas sus acciones en las minas de veragua, que eran muchas y valiosas, para invertir las en elementales armas y vestidos pobres para los soldados improvisados, que formaban sus ejércitos; —a quien había sacrificado su vida por la libertad; a quien ahora rendía sus pulmones a la voracidad de la tisis, adquirida en el páramo de Pisba, en las largas jornadas por la cordillera andina, en los bajos del puente de San Francisco, en noche oscura y nefasta de las páginas de la historia.

Era delito querer a Bolívar; era falta servirle; fueron en realidad muy pocos los que le fueron fieles y siguieron sus pasos hasta el propio sitio y el propio momento de su agonía; no fueron muchos. En realidad Bolívar ya no tenía nada para repartir; pero se equivocaban: podía repartir su gloria que sólo gozaron después, de todas veras, los que le fueron fieles y pudieron seguir sus pasos con toda lealtad, hasta el lecho en donde se acostó para siempre con la amada muerte.

CUARTO MOMENTO:

LA NOCHE SEPTEMBRINA. La conjura de los enemigos del Libertador se había ido formando poco a poco, durante su ausencia del país; no apareció en un momento. Cuando Bolívar, titular de la presidencia de la Nueva Granada, viajó al frente de los ejércitos victoriosos en las laderas de Pichincha y en los campos de Ayacucho; cuando se preocupaba por la organización política inicial de esos pueblos y trataba de dar a Bolivia una constitución muy fundada en los principios In-

gleses, y enviaba allá a su mejor Amigo y más leal compañero, Antonio José de Sucre, Santander ejercía el mando en Bogotá, con el título de Vice-presidente.

Pero cada noticia que llegaba sobre las victorias obtenidas, era o significaba, no sólo un sobrecosto para el erario público de la Nueva Granada, sino un sobrecargo síquico para los envidiosos de su gloria.

Ya la pasión del mando y del poder se había apoderado de sus espíritus, al menos del de muchos. Ya la próxima llegada de Bolívar a Bogotá, no era ambicionada, sino temida, en cierta forma.

Había camarillas con revestimiento de intelectuales, en donde se forjaba, desde entonces, la conjura.

Se comentaba la constitución boliviana, como si ella fuera un ensayo de las ambiciones dictatoriales de Bolívar; y quizá no era bien conocida, porque si lo hubiera sido, no podrían hacerse esos comentarios. Se comentaba que Bolívar se estaba revistiendo en el sur, con la gloria que correspondía, entre otros, a Sucre y a Córdoba; se comentaba que el Libertador, lejos de dedicarse a una obra de construcción, en el orden político y administrativo de esos pueblos del sur, se había entregado a la orgía y se aludía, con cierta envidia que desbordaba en odio, al lujo de la Quinta de la Magdalena en Lima, y a lo pomposo de sus recepciones.

El ambiente era, francamente adverso; Bolívar fue recibido como presidente y se le hicieron todos los honores, pero se le estaba esculcando en todos los rincones de su conducta, hasta la privada y simplemente humana, para hacerlo aparecer indigno.

Y la grandeza, desgraciadamente, no despoja a los grandes de su ordinaria naturaleza. Los grandes, como Bolívar, fueron grandes hasta en sus propias caídas, y fuertes en sus debilidades, humanos para que se note la condición del barro. Y aparecieron los escritores que divulgaron, en pamfletos rimados, para que se fijaran fácil en la memoria de las gentes, los atropellos y las incitaciones: "Si a Bolívar, la letra con que empieza, —y aquella con que acaba de quitamos,— "oliva" de la paz símbolo hallamos. Esto quiere decir que al tirano la cabeza— y los pies cortar debemos—, sí una paz duradera apeteceemos"—.

Y la Conjura que terminó un día con el puñal asesino esgrimido, se fue afilando en muchos recovecos que aún no tienen luz, se hundió en el alma del héroe para destruirlo de manera lenta pero perceptible.

QUINTO MOMENTO:

La fiebre había tomado posesión de la atormentada humanidad de Bolívar. Los primeros o los segundos, quizá los terceros síntomas de la tuberculosis se estaban presentando: la tos continua; la fiebre; el desánimo constante; la respiración difícil, todo era un conjunto de síntomas que para los médicos de la época decían

poco, pero que para aún los legos de ahora dicen mucho.

Al lado de su cama, Manuelita Sáenz lo cuidaba: las bebidas cargadas de limón, el pañuelo apretando sus sienes, bebidas cargadas de quina, eso era todo. No había más para hacerle.

Y ese esqueleto vivo, con los ojos hundidos y casi oscuros ya, de los que había huido la luz de los años mozos; y esos brazos sin carnes ni músculos; y esas piernas delgadas que apenas podían sostenerlo; todo ese conjunto era la envoltura humana de un espíritu selecto, que había asombrado al mundo entero con sus hazañas; Napoleón Bonaparte, que era el genio de la guerra y de la victoria, no había sido más heroico, ni había agarrado con la sin igual bizarría, la espada en su diestra; Manuelita no se acuesta, ni se recuesta siquiera: Vela, porque ella constituye ahora todo lo que a Bolívar le queda en el mundo de las amistades sinceras, en su íntimo yo; Vedlo ahí, caro lector amigo, admiradlo ahí, en la cama tendido, como un presagio de la muerte.

Y a ese despojo humano lo andan buscando esta noche; los conjurados están resueltos: muerte al tirano. Pero no lo hacen al medio día; buscan las sombras de la noche; no lo hacen con la valiente espada al cinto, sino con el puñal asesino enfundado en negras y largas capas, que son el complemento de los señores — ¿serán señores?— que van por la calleja en busca de la casa de San Carlos, en donde esta noche, está enfermo, casi agonizante, el Padre de la Patria.

Tocan la puerta; abren y muere el centinela; se advierte que hay raros trotes desbocados por los corredores oscuros; todos los conjurados se envuelven en la noche y en sus largas capas negras.

Tocan la puerta del cuarto de Bolívar y se les abre: ¿en dónde está Bolívar? Manuelita dice, simplemente, no está aquí; y era la verdad; ya había saltado por la ventana y había tomado el camino del puente de San Francisco, y, hundido debajo del puente, abrigado sólo por la noche, meditaba en todos sus desengaños.

Pero el artero puñal, no lo encontró en esa noche de septiembre de 1828.

Pero, si es cierto que no le alcanzó el cuerpo, sí hirió, y de muerte, su espíritu.

SEXTO MOMENTO:

BOLIVAR EN JAMAICA: Otro hito de referencia en la vida de Bolívar, es su paso por Jamaica. Iba a guarecerse, porque se sentía perseguido, después de los reveses que sufrieron los patriotas en Venezuela, cuando él había entrado victorioso en Caracas, llevando el corazón de Girardot, en urna cargada en hombros de soldados, honrándolo con máximos honores.

Pero la historia había dado su vuelta y los vencedores de ayer, estaban ahora

vencidos. La campaña del río Magdalena le había abierto el camino de la gloria militar; él lo había logrado.

Y la Nueva Granada la había aplaudido por medio del Congreso reunido en Tunja, y le había dado el grado de general. Y buscó un refugio en donde su vida mortal tuviera, al menos, un mínimo de seguridad. Pero debía cuidarse: el puñal asesino se clavó en la hamaca en donde él solía dormir pero no estaba él allí, esa noche. Le perseguía un puñal asesino.

El héroe no se improvisa: su iluminación se hace por medio de un proceso adecuado. Como el artista va labrando una estatua; y escribió su célebre carta de Jamaica en la que vacía todo su pensamiento sociológico, político, económico, de los pueblos americanos, para esa época y para la presente.

Es una profecía. En esa carta expuso cuál era el principio y cuál el fin de la independencia, para ir, ya como personas, todos los habitantes de América, en busca de la libertad.

Y concebía la libertad de los pueblos, a través de la libertad de los hombres; el que siente la libertad es el hombre; y un conjunto de hombres, forma siempre un pueblo; la independencia se puede aplicar, es cierto, a la persona; pero es condición de orden social. Independencia se necesita para autodeterminarse un pueblo; sin independencia ello no es posible. Hay una frase histórica, muy repetida, que dice: "ciudadanos: si las armas os dieron la independencia, sólo las leyes os darán la libertad". Y ello es cierto, si entendemos que la ley es siempre un ordenamiento de la razón, para el bien común.

Al releer la carta de Jamaica se encuentra uno frente a una radiografía de América, con todos sus defectos y con todas sus riquezas, y con toda su historia a cuestas, y con todas sus glorias coronando la cima de Los Andes.

Por ello debió ser que en el "Delirio sobre el Chimborazo", Bolívar vio a la América con una sola bandera, cubierta con su cielo azul, fundamentada sobre sus minas doradas, y envuelta en los rayos rojos y luminosos de la gloria.

Bolívar es el profeta de América y así se mostró en la Carta de Jamaica.

SEPTIMO MOMENTO:

Bolívar cuando regresa de Jamaica trae ya dispuestos sus ideales de independencia para todas estas naciones. No se ha hecho ilusiones: sabe muy bien que no es fácil; que la obra pacificadora de España, que no apareció entonces como Madre, había sido brutal, despiadada, sin contemplaciones; que en el cadalso habían acabado los mejores hombres de la Nueva Granada y también de Venezuela; que la reconquista había sido levantada sobre una charca de sangre de héroes; que Caldas, el inocente sabio, había acabado en el Cadalso cuando aún podía dar lo mejor de su cosecha; que de su pluma habían salido páginas extraordinarias en el plano

científico, sin par para ese tiempo en la propia península; que Acevedo y Gómez era, de verdad, un tribuno, como pocos podían serlo; que don Francisco Antonio Zea el naturalista andaba desterrado; que también estaba desterrado el gran don Antonio Nariño, de quien la Patria recibió tanto y tanto esperaba todavía. Que la tierra neogranadina y venezolana y quiteña, se había abonado ya con mucha sangre y que estaba haciéndose tremendamente fecunda para la causa de la independencia, de la cual pendía, como fruto de su árbol, la propia libertad.

Se impone de los movimientos que los patriotas adelantan en los llanos orientales, en las sabanas sin horizontes, en donde el sol se pone tarde y amanece temprano; y hacia allá orientan los pasos de sus briosos caballos, que caminan por sincaminos a la luz de los luceros y bajo el amparo suave de los rayos de la luna, muchas veces; cuando el cansancio rinde su carne, para que se cumpla la condición del barro, cuelga su hamaca de dos árboles y le da un poco de reposo a su fatiga, pero nunca a su cerebro; piensa, piensa, medita dormido. Boves oye su nombre y ya no sonríe sino que siente pánico; Barreiro en la Nueva Granada tiene muy bien armadas sus tropas, pero su siquis anda sin armas: está el hombre ya vencido porque la aurora del sol naciente bolivariano, lo está desfalleciendo.

Es claro que quieren cumplir con un deber que les impone su lejana Patria, de tener, mantener, sojuzgar estos dominios que ni siquiera supieron utilizar entonces. El oro que se habían llevado los conquistadores voraces, ni siquiera enriqueció las arcas reales de España: España fue un canal por donde pasó, casi todo el oro a Génova y a Italia; el mismo Felipe, rey, había decorado la Iglesia o templo de Santa María en Roma, con todo el oro recibido, y no conservó ni siquiera lo para el sustento ordinario de su economía. Y querían más estas tierras por el oro que producían y por la abundancia extraordinaria de su trópico, que por tener en ellos una prolongación de su lengua y de su cultura.

Y Bolívar va para la tierra sin cordilleras, para no encontrar límites a su empresa, para sentir su corazón latir en amplio ambiente, cobijado por un sol de fuego y sustentado por una tierra pródiga. Y allí encontró la simiente de la Libertad que, regada con su genio, iría, en pocos años, a producir la independencia.

OCTAVO MOMENTO:

En la vida heroica de Bolívar se encuentran puntos culminantes de su gesta y de su propia historia. Es verdad que nada en los términos comprendidos dentro del 24 de julio de 1783 y el 17 de diciembre de 1830, está vacío o libre de contenido histórico, tocado de genialidad; pero, no obstante, si uno recorre con él los caminos de luchas, encuentra puntos especiales que lo elevan sobremodo en la conciencia universal de la misma historia.

EL AVENTINO: En su segundo viaje a Europa, viudo, estaba enamorado simplemente de la gloria; y ya andaba buscándola. Se encuentra con Simón Rodríguez y con él va a Roma. Roma, es algo así, como el ombligo del mundo, como el centro del universo, no sólo en el sentido católico, sino que, por ser lo que es,

fue destinada por Dios para ser centro de su Iglesia; pudo haber sido Jerusalem, con más lógica humana; y no lo fue. Fue Roma.

Roma, que era el centro del imperio del Rey Latino, fue también el término de los viajes de Eneas; viajes casi sin término; y va en principio, en busca, con su padre Anquises a cuestas y con su hijo Iulo de la mano; nada lo ataja; ni siquiera el amor de Dido, la diosa de Cartago. Va a Roma y hace que ella sea el centro del universo conocido entonces. Y su hijo Iulo, va a ser el primer Julio de la gran historia.

Allá va Bolívar a buscar el espíritu del principio de la heroicidad y de la grandeza; va a buscar inspiración para sus jornadas históricas; y la encuentra: la historia pone en su boca un juramento hecho en el monte Aventino; Advenere, es llegar desde lejos a un lugar buscado; quizá sea ese el principio del nombre Aventino. Allá dicen que juró no dar descanso a su brazo ni a su espíritu hasta encontrar la espada con filo suficiente para cortar las ataduras de América a España.

¿Hay verdad histórica en ello? Lo mejor es decir que sí. Que eso es verdad; que Bolívar, todo inspirado, se levantó delante de su profesor e hizo el inmortal juramento. Si no lo hizo, era necesario que la historia lo recogiera porque la libertad, la independencia, nació en su alma, en su espíritu, antes que en el mundo de la hispanidad americana.

Bolívar fue entonces una voz lejana, en el centro del orbe-universo, que gritaba a los hombres de América, que era necesario sacudir el alma primero, si se quería después levantar el brazo armado para luchar por la libertad; era entonces Bolívar el gran artista de la Libertad, que se plasmaría en la independencia, y estaba entonces afilando los cinceles, a los pies mismos de Miguel Angel, para labrar con ellos después, en el nuevo mundo, la estatua de la libertad.

NOVENO MOMENTO:

Bolívar realiza para la historia de América la realidad cósmica de lo que es el héroe.

El Héroe, en términos generales, está tocado de ideal, en forma sublime; no es el ideal transitorio ni relativo del común de las gentes: es un ideal hiper-supremo, que lleva al héroe a hacer cosas sublimes, en las que no había ni siquiera pensado antes.

El héroe es el iluminado de que habla Freud. Tiene el mandato supremo de conmover la historia con sus actos que deben ser sublimes. El héroe encaja, en veces, en algunos de los capítulos de Erasmo de Rotterdam, que reserva la suma cordura para los sumos prudentes de la carne de que habló el Apóstol S. Pablo, y que, en último término, son apenas los que tienen miedo. La prudencia del espíritu no teme nunca: se lanza hacia los capítulos de la historia para hacerla vida en los pueblos y luz de los años futuros; desde el presente ilumina el futuro, con luces vividas.

El héroe no pasa; su memoria está siempre fija en la conciencia de los pueblos; preside siempre la vida de las comunidades; es como el centro de todo ideal patriótico; vale decir, de amor a la patria.

El ideal ilumina con su luz, todo lo que hay de bajo en la vida ordinaria de los hombres; no podría entenderse un hombre sin ideales, grandes o pequeños; cuando ese ideal se sublima, aparece el pontífice de una era histórica, en la guerra, en el arte, en lo religioso: Don Quijote de la Mancha es un idealista: no tiene a quien ofrecer sus victorias, y crea un escorso ideal de mujer y le pone por nombre DULCINEA; hay algo de dulce y de idea en ese nombre; pero la encarnación corpórea la hace en Aldonza Lorenzo, de quien Sancho Panza le dice que huele algo "correoso", que no sabe leer, que es gorda y hombruna; y Don Quijote le achaca todo el cambio al poder de los encantadores que son los que tornan la belleza en feura, el noble olor a ambar, en miasmas hediondos; la dulzura encantadora de la cultura, en la ordinarietà del analfabeto.

El ideal de la Libertad llevó a Bolívar por esos mundos imposibles, aún para los hombres de hogaño, y lo llevó victorioso: victorias sobre los elementos, y victorias sobre los enemigos de ese ideal.

Bolívar vive en ese ideal de Patriotismo. Vive en la conciencia de los pueblos; vive en las plazas públicas de medio mundo, perpetuado en bronce o en piedra, metal y mineral finos para perpetuar la carne.

DECIMO MOMENTO:

BOLIVAR. Estamos en el presente año conmemorando los doscientos años del nacimiento de Simón Bolívar. El 24 de julio es el día conmemorativo de su natalicio.

Sin duda alguna Bolívar constituye la figura del héroe internacional. Cuando todos los que lo acompañaron en las campañas de la libertad que dependía de la independencia, o al menos casi todos, pensaban en una liberación del gobierno extranjero, a sólo nivel nacional, personal en el orden internacional, Bolívar estaba pensando en la independencia de todas las naciones, pues creía, como es cierto, que no habría plena libertad para un pueblo, mientras hubiere otro sojuzgado o sometido.

La capacidad para darse su propio destino de los pueblos, es lo que constituye su independencia y marca el signo, como si fuera una estrella, de la libertad. Esa capacidad para autodeterminarse en relación con sus propios destinos, para la consecución de sus propósitos de orden político, social y económico, es norma de derecho internacional. Por ello no puede aceptarse que haya pueblos que quieran, por la razón de que son más poderosos, intervenir en los destinos de los otros.

Lo que sería ideal, y estuvo claro en el pensamiento de Bolívar, es la intercomunicación de valores de orden internacional; lo que sería ideal sería que los pueblos

se unieran con un mismo fin de superación, de cooperación, de ayuda, para que las gentes, el pueblo que forma las naciones, tenga por igual los beneficios que le da la cultura y la civilización le ofrece. Porque no es aceptable que haya unos privilegiados, llamados como primeros y en veces excluyentes, al banquete de la vida, cuando otros ni siquiera pueden alimentarse de las migajas que caen de su mesa.

Lo que no puede aceptarse es que se establezcan diferencias tan grandes que constituyan fronteras sustanciales, entre la vida que pueden llevar unos y la miseria que a otros está azotando.

El fin de la "Polis" en Aristóteles, es la felicidad de los hombres que la integran; para ello se valió el filósofo estagirita, de sus politeías, que asumían o eran los medios por los cuales las gentes gozaban de sus derechos, por igual garantidos en el conjunto de las sociedades. Los gobiernos que, según su exposición, eran monárquicos, o aristócratas o demócratas, tenían, como único fin, garantizar a las gentes su felicidad.

Así lo entendió la llamada "RESPUBLICA", de que había hablado también Platón, su maestro.

Ahora debemos pensar nosotros que no es posible dormir tranquilos, si sabemos que hay quien no tenga cama; ni comer pacientes y felices, cuando sabemos que hay gentes que no tienen pan.

Bolívar nos dio el ejemplo. De familia, no propiamente adinerada, sino rica de veras, pudo haber sido un club-gentleman de una ciudad europea, simplemente. Vivir tranquilo y a todo gusto.

Pero en el alma sentía que los americanos, de todas las clases y extracciones sociales, estaban sojuzgados, y no dormía tranquilo; buscaba por todos los rincones de su espíritu, armar su vida de valores sublimes y buscó también, por todos los medios, aún con el costo de su personal fortuna, armar los brazos de sus soldados, que peleaban como fieras, porque él les había infundido, en la arena anterior a la batalla, todo su espíritu, y había hecho hasta cosas heroicas porque consiguieran la prolongación de sus brazos con las armas para la conquista de las esquivas victorias.

UNDECIMO MOMENTO:

BOLIVAR Y EL AMOR. Hace unos pocos años leí por ahí una obrecilla de un coleccionista de datos que se dice historiador, en la que nos muestra a Bolívar, como lo que hoy llaman los muchachos "un gallinazo". —Ve uno a Bolívar en ese libro, detrás de todas las mujeres, desesperado en busca de un flaco placer momentáneo—.

No. Eso no es así: Bolívar amó la belleza. El amor filosóficamente considerado, es la atracción irresistible que ejerce sobre la voluntad humana, o la bondad, o la

verdad, o la belleza. Nada diferente puede ser el amor. Bolívar amó la belleza; las mujeres de que se “enamorado”, todas eran el sumum de la belleza en su tiempo: su esposa doña Teresa del Toro, era la encarnación de la belleza en una niña que apenas pasaba de los quince años; todo lo iluminaba con su belleza; la francesita de las orillas del Magdalena, no era común en ese ni en otros lugares; la Manuelita Sáenz había embrujado los paisajes de Quito y sus salones habían sido iluminados con su hermosura; las Ibáñez eran —Nica y Bernardina— reinas de belleza en esa época y, según las estampas que de ellas conocemos, lo hubieran sido en la presente.

La atracción de la belleza, en todas sus formas, incita a la propiedad, o al menos a la posesión. Nadie puede admirar la hermosura, sin sentir la atracción que ella ejerce.

De eso, de que Bolívar amó la hermosura en todas sus manifestaciones humanas, a que fue un simple don Juan, hay una diferencia muy grande.

Es simplista, para decir lo menos, creer que era un enamorado constante, de todas las mujeres que se le atravesaran; no, eso no es cierto: tuvo gustos exquisitos; tuvo amores extraordinarios con la alta visión estética que ellos engendran en el alma, y los cultivó y los vivió y los degustó, eso es cierto.

Pero no es laudable en el orden histórico, hacer aparecer a estos hombres grandes, enlodados por lo pequeño, por lo muy pequeño.

Bolívar, como dijo José Antonio Rodó, fue grande, grande en el infortunio, grande para comprender la parte humana que cabe en el alma de los grandes, grande en su heroicidad, grande en sus concepciones, grande en sus realizaciones; y fue también un corazón de grandes amores, amores de verdad, amores de espíritu, y no simples atracciones de simple instinto animal.

Da tristeza ver cómo se dicen y se interpretan estos grandes momentos de la historia de los grandes.

DUODECIMO MOMENTO:

Itinerario Bolivariano.

No era fácil el momento que estaba viviendo Bolívar en los llanos de la orinoquia, más allá de la cordillera oriental de los Andes.

Páez había amaestrado muchos caballos y sus soldados eran centauros que se fundían en un potro cerrero, salvaje e indómito, con toda naturalidad; el animal se rendía bajo el apretar de las rodillas de esos caballeros y al impulso de sus talones casi sobre sus ijares.

Santander había tomado parte en esa epopeya de los llanos; Anzoátegui, estaba allí; todos eran iguales en valor y en bizarría; andaba ya por esos lados el mozo

antioqueño José María Córdoba, a orcajada limpia sobre los briosos cimarrones.

Pero no todos tenían los mismos propósitos. Hasta allá no eran capaces de llegar los españoles. El nombre de Bolívar los había electrizado en el alma, en el centro de su propio valor, y andaban cojos del intento y de la decisión, y ya tenían miedo.

Y Bolívar planea, y esa es la palabra adecuada: planear, es decir, concibe, y acaricia la idea de caer al lado de allá de esa cordillera, por un lugar por donde nunca sea esperado; por caminos que no existen; por brechas sin nombre y que los lleve, como en alas de los vientos tremendos de la cordillera, que se conviertan en huracanes, para caer en las dulces y suaves sabanas de Boyacá; es un imposible le dicen todos; pero su genio los convence de que lo hagan, de que es muy posible; y llaneros que nunca habían sentido lo que era el frío que se cuele por los huesos, avanzan y allá van, camino de la más alta cima de los Andes. El páramo de Pisba, no es fácilmente escalable ni siquiera en estos tiempos; no hay por él caminos; no permite a nadie que lo huelle, ni desflora sus encantos apretados entre sus lomas, como entre dos grandes piernas hermosas. Pero se lo permitió a Bolívar; él fue el que sembró en su seno la semilla de la libertad y fecundó toda esa tierra que es la tierra en donde se da siempre. Una vez estuve en Tunja en un congreso; tuve la oportunidad en él de hablar de la Libertad, de cómo allá se había sembrado y había crecido y se encontraba su semilla por todos sus lugares; cómo los caballeros idealistas de Rondón, antes de que se inmortalizaran en el momento de ese Bolívariano que es José Arenas Betancourt, se sentían caminar por todos esos caminos, no al paso, sino desbocados con un llanero a los lomos que llevaba en su diestra una lanza labrada en fina macana, cuya punta podía hundirse hasta en las piedras, apoyada en su propio sobaco, que la sostenía al mismo tiempo que la orientaba.

La hazaña del páramo de Pisba, no es bien comprendida todavía. Ese momento que ahora exulta en mi memoria, es el que cantó Prometeo Encadenado, cuando Esquilo dice que lo sublime se confunde casi siempre con la locura; que lo humano se toca de lo divino, en esos momentos inconcebibles e incomprensibles de la vida de un hombre.

Itinerario Bolivariano

DECIMO TERCER MOMENTO:

Le advertí muy claramente al Querido Doctor Diego Velásquez Noreña, que es la causa primera, o, si *nd.* quiere, el culpable de estos momentos, que no iba a escribir historia: que no quería hacer un simple agregado de partidas de nacimiento y de inscripciones funerarias. Y, en realidad, ya *vd.* que lee, lo está viendo. No quiero decir más lo que tantos ya han dicho y comentado. Entre doctos, la vida de Bolívar ya no tiene secretos.

Pero la emoción que suscitan ciertos momentos de su historia, si pueden ofrecernos nuevos motivos de reflexión.

La historia dice en qué día y a qué hora entró el General Simón Bolívar, al frente de sus tropas victoriosas en Santa Fe de Bogotá, después de la batalla del 7 de agosto de 1819, en el puente de Boyacá; cuentan que los españoles, cuando lo supieron, abandonaron la ciudad, y en ella sus bienes inmuebles y muebles, muchos de ellos; que el entusiasmo de las gentes desbordaba en carnaval, y que se hicieron programas, con puntos que tendrían su desarrollo en el día determinado y a la hora propuesta.

Pero nosotros podemos hoy ver al General Bolívar en esa entrada triunfal: vestido estaba con un uniforme esplendente, de muy buen corte francés; tenían y tienen los generales muy buen gusto para ello; ese uniforme tenía bordados en su frente, en la chaqueta, en la parte que cubría el pecho, con hilos de oro, ramos de laurel, con tallos y con hojas vibrantes y doradas; sus pantalones de militar, blancos y ceñidos, estaban hasta la rodilla cubiertos con espléndidas botas negras y relucientes. En los tacones brillaban las espuelas, de pura plata labradas, más bien que hechas; el manto del magistrado le cubría medio cuerpo y caía atrás sobre las ancas blancas de su caballo Palomo; ese manto se ataba al cuello con dorado cordón, que caía sobre el pecho; con la mano derecha llevaba tensas las riendas de su caballo; y en la izquierda, llevaba el gorro napoleónico, empenachado de plumas, para saludar con él a las multitudes delirantes que llenaban las calles.

Las calles estaban entapetadas de flores, que molían, en parte, los cascos herrados de su caballo y cuando pasaba Bolívar, las gentes tomaban esas flores pisadas y las llevaban a su casa como una reliquia.

Adelante iba, como en escuadrón, no de guerra, sino de belleza y juventud, la blanca formación de niñas, todas vestidas de blanco, y llevando canastas con flores para adornar el camino del héroe.

El General Bolívar —EL LIBERTADOR, el gran ciudadano, el Estadista, el autor de la victoria y también de la carta constitucional de Bolivia; el orador que amaba con sus arengas militares el alma de sus soldados, que quizá nunca lo entendieron, pero se incendiaron con sus palabras; —el Héroe que todavía está llenando la historia universal, con sus memoriosas hazañas, estaba ese día de fiesta, sembrando la semilla de la independencia en el suelo de la Patria.

MOMENTO DECIMO CUARTO:

Es bueno meditar en las lecciones tremendas que nos da la historia. A todos los grandes les ha llegado el momento de las decepciones, servida en copa de acíbar: a Cristo le dieron, en la cruz, ya agonizante, vinagre para calmar su sed. Y ese hecho tremendo, se repite.

Para el mes de febrero de 1830, le hacen saber a Bolívar que no tiene entrada en Venezuela, su propia patria; que prácticamente es un desterrado.

Si uno medita en lo que esto significa, no encuentra lógica, ni en las premisas, que serían en este caso, los ¿Por qué?, y la decisión o consecuencia lógica: cerrada la puerta de la casa paterna, al más grande, al más glorioso, al mejor de sus hijos. Por nadie sería conocida Venezuela y en especial Caracas lugar de su cuna, más que por Bolívar, en la historia del mundo. Ninguno de sus ciudadanos de todos los tiempos, le daría tanto brillo. Sería Caracas la Meca sagrada a donde volverían los ojos de interrogación, todos los que ambicionaron su libertad, la libertad, sin duda alguna; la visita al panteón de sus cenizas, es obligación cordial de todos los que lo conocimos, lo conocemos ahora, lo amamos de todas veras, porque fue él el genio de la Libertad humana, que es un don de Dios, que sólo pueden transmitir los grandes cuando se pierde.

Duele saberlo, pero fue cierto. La locura de los hombres se convierte siempre en baldón, en mancha de la historia de los pueblos. Podrían haber hecho cualquiera otra cosa; embargaron sus bienes, los secuestraron, se los despojaron sin piedad alguna.

Todo está bien, en nombre de la ley. Pero cerrar la puerta al genio, era apagar la luz y quedar a oscuras, totalmente a oscuras, en tinieblas.

Pero en el alma del Libertador, también había tinieblas, había decepción y desencanto; había amargura y quería irse, irse lejos, a Francia que era como el centro de la Libertad después de la revolución de 1789, y sobre todo patria de Rousseau, el autor del CONTRATO SOCIAL y del EMILIO, fuentes en donde él había bebido en la copa que a diario le sería Simón Rodríguez, los anhelos de libertad. Don Simón Bolívar.

El nombre más glorioso de Venezuela y te cierra ella, tu madre, las puertas de tu casa. Suena a ironía.

Y fue entonces cuando los "Padres de Familia desde Quito", le escribieron aquella bella carta de invitación, fechada el 27 de marzo de 1830.

Y le decían: "Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado a pedir a V.E. no pueda volver al país donde vio la luz primera; y es por esta razón que nos dirigimos a V.E., suplicándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que adora a V.E. y admira sus virtudes. Venga V.E. a vivir en nuestros corazones y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga V.E. a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y a suspirar con ellos los males de la Patria. Venga V.E., en fin, a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la malidicencia, y a donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con su gloria inefable".

Las ironías del destino.

DECIMO QUINTO MOMENTO:

Estaba por definirse la campaña del sur, entendida por tal, la lucha que se llevaría a término en el Perú para libertarla totalmente del poder español, y la consolidación de la independencia de Bolivia, que era el "Alto Perú", entonces.

En la Argentina había surgido un gran militar, sin duda alguna; era entonces el General JOSE DE SAN MARTIN, el héroe de Argentina y con BERNARDO O'HIGGINS había dado libertad a Chile; e iba en ascenso hacia el Perú. En el Perú no era fácil la situación: el Virrey Laserna, no sólo era administrador, sino militar; y valiente además.

Como Bolívar iba hacia el sur y San Martín venía del sur hacia el Perú, concertaron una cita en Guayaquil, para definir el destino de los pueblos y no con duplicar esfuerzos, ni enfrentar a quienes luchaban por un mismo ideal.

En un Barco fue la cita: Bolívar, con sus galas de General, en traje de gran parada, asistió a ella; y allá lo esperaba el General José de San Martín. La conferencia fue a puertas cerradas. No se levantaron propiamente actas de lo tratado. Pero de ella resultó que el General San Martín partió al día siguiente, en su barco y quedó Bolívar al mando de sus tropas, de viaje hacia el sur.

Bolívar era tan temible en la victoria como en la dialéctica; había sido programado para pensar en sus batallas con el fin de convertirlas en victorias; por eso dijo quizá Morillo, en alguna ocasión, que era más temible vencido que vencedor. Bolívar había asistido en Europa a la apoteosis de Napoleón; había visto con entusiasmo sus planes militares; había sido educado para hacer la guerra; no era un militar improvisado; era un militar de escuela y estaba tocado de las luces del genio.

No era posible que cediera un ápice de sus dominios militares en la guerra, y era posible que ofreciera, con mucha seguridad, sus victorias. Las tenía todas contadas y previstas. Habría podido escribir, con anticipación, la historia del desarrollo de todas ellas.

No en valde había subido hasta la cima del Chimborazo y había tenido allá su delirio, que era como una profecía con altavoces, de inmensa resonancia, que desde esa cima se escuchaba en todo el continente. Había dicho en ese delirio que la Libertad iba cubierta de nieve por lo blanca, pero no por lo fría; que la libertad era el incendio que consumiría en sus lenguas de fuego, a todos los enemigos de su gloria y de la independencia que se estaba logrando entonces. Que desde esa cima se podía contemplar el panorama de toda la América, atónita frente al héroe, como en inmensa estatua, levantada sobre el propio volcán.

Sucre que esperaba las órdenes con Córdoba, partió después, con sus ejércitos para el Perú, por la vía terrestre, Bolívar iría en anticipo, a llenar de flores las calles de Lima para recibir a los gloriosos ejércitos vencedores que se acercaban. Los Españoles abandonaban a Lima, como lo habían hecho en Bogotá, dispersos y sin rumbo. Buscaban en el Callao una Goleta que los llevara rápido a la Patria en

donde se sentirían entonces seguros.

El eco del Decreto de Trujillo, estaba todavía redoblando en sus oídos, con toques funerales.

DECIMO SEXTO MOMENTO:

Bolívar tuvo una niñez no común; fue extraña: su padre murió cuando él contaba sólo tres años y su madre, cuando apenas superaba los seis.

Sus parientes cercanos no fueron para él una compañía que colmara sus ambiciones en el orden afectivo; sólo un tío materno, Esteban, que le recordaba a su madre, fue su confidente y su amigo; en este tiempo le buscaron un maestro, un mentor, un director de su vida, un educador, que dijéramos hoy; ese señor le llevaba unos pocos años, quizá diez, de edad, y se llamaba, porque cambió su nombre primitivo y familiar, Simón Rodríguez.

Eran Simón Bolívar y Simón Rodríguez, dos amigos, que dialogaban constantemente; claro que, en principio, se imponían las letras y algo de números; pero detrás de todo estaba la inquietud constante de Bolívar por algo superior, algo que lo inquietaba más aún; y cuando supo leer, quizá se informó muy bien de la revolución francesa; la revolución se inició cuando Simón tenía seis años; el año en que murió su madre —1789—. Se difundieron poco después, para fines del siglo o principios del siguiente, todas las doctrinas que habían servido para concebir y para que naciera la revolución.

Los derechos del Hombre y del ciudadano los había escrito en Norteamérica, Mister Paine, y de Norteamérica los había llevado a Francia, Lafayette, el general francés que había tomado parte en la revolución americana, que culminó con su independencia, en 1776, un 4 de julio.

Francia ligada con los americanos, contra Inglaterra; Inglaterra era aliada de la causa sur y centro americana de la independencia; había por medio una antigua querrela entre España e Inglaterra, que nos servía para la causa de la Independencia.

En el fondo de todo ello había exegetas de la revolución: Rousseau había escrito su obra "EL CONTRATO SOCIAL", que rompía abiertamente el patronato sin contraprestación de los sojuzgados. La sociedad no eran sólo los poderosos en el orden del Gobierno, de la economía, de la clase social, de los títulos; la sociedad eran todos y utilizaba, para la supervivencia de todos, las fuerzas de todos. No había clase prepotente. Y entonces, preguntaba Simón Bolívar a su maestro Simón Rodríguez, ¿por qué nosotros tenemos que aceptar un poder extranjero? ¿Por qué no dejan nuestra suerte en nuestras propias manos? ¿Por qué tenemos que aceptar un gobierno impuesto desde España? ¿Por qué? Las preguntas inquietaban al maestro, pues muchas de ellas se salían de su capacidad para responder.

Pero ahí estaban los derechos del hombre, ahí estaba Rousseau, contestando; El "EMILIO" no era simplemente un libro didáctico, o de orientación de la vida de un joven para hacerlo hombre. No. Era la información de los principios que rigen los derechos humanos, simplemente. Los que tiene el hombre por el hecho de ser hombre..

Había, eso sí, que educarlo para que él disfrute de esos derechos no se le indigestara. "La democracia es dulce y suave alimento, pero es muy indigesto", había leído ya.

La inquietud de Bolívar, se traducía en discolía; no podía quedarse quieto; para él no se había hecho la estática, sino la dinámica constante; era un rebelde desde la niñez. Un sicólogo de hogaño nos hubiera dicho que ese niño era así, porque le había faltado el hogar, el padre y la madre, y no había ternura en su niñez para formar su siquis profunda, necesaria para contrarrestar los avatares de la vida. Pero eso no cuenta con don Simón Bolívar. Era inquieto, insoportable, inclusive para él mismo, porque la rebeldía le quemaba las entrañas.

Su tío materno lo entronca muy bien en España, en el centro de Madrid, y le hace contactos con la nobleza. Conoce su modo de ser, de vivir, de pensar, de gobernar; afianza su propia personalidad; y encuentra en ese medio, descendiente de caballeresca prosapia, no se acomoda en ese medio.

MOMENTO DECIMO SEPTIMO:

Bolívar no es maduro todavía; es el tiempo tremendo de su temprana juventud; apenas le está naciendo el bozo y creciendo la barba. Se anuncia el cambio de su fisiología y su personalidad se va afirmando con ello.

Bolívar quiere casarse a edad muy temprana; su tío le alcahuetea el matrimonio; se casa y regresa a Caracas con su esposa.

¿Cómo era la esposa de Bolívar? Doña Teresa del Toro, hija del Marqués del Toro, era una joven que apenas pasaba de los quince años; no había cumplido aún los dieciséis. Esbelta, de finas facciones armoniosas, de bien configurado cuerpo; de tez blanca, su pelo no era negro, pero no era tampoco rubio; era ese tinte intermedio que brilla al sol y que por la noche alumbra. Su temperamento era tierno y romántico, como para su propia época. Vestía con mucho decoro y donaire, sin que pueda decirse que era derrochadora o que quería presumir o darse vitrina, simplemente. Era una dama cortesana y no le gustaba ostentarlo. Era como una visión del paraíso: era tierna y frágil como un cristal fino. El trópico no le convino a su salud; se mostró entonces su fragilidad; Bolívar, joven muy joven, vela a la vera de su cama de enferma; tiene fiebre alta y en pocos días muere.

Desde antiguo se dijo que los dioses prefieren a los jóvenes; que cuando los dioses no creen que el tiempo es el mundo adecuado para sus elegidos, se los llevan jóvenes. "Pálida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres",

había escrito Horacio desde antiguo. Aquí había tocado a la puerta de la torre de una reina.

El joven enamorado, cuando partió su Teresa, que era su gran amor de veras, quedó desolado. La señora soledad del alma no se llena con los humanos halagos. La Soledad es una reina de hermosura que arrulla entre sus brazos los sueños de un hombre, con un largo lamento. La Soledad nos rodea y rodeó a Bolívar por todas partes, con tierno abrazo de sombras. La soledad lo invitó de nuevo a Europa, y en esta ocasión, lo estaba llamando para que pensara en el destino histórico que tenía que cumplir.

En Europa se encuentra nuevamente con don Simón Rodríguez; está muy pobre y enfermo; el encuentro es muy cálido y fervoroso; no había sido sólo su maestro, sino su gran amigo. Las semillas que el segundo Simón sembró en el alma del primero estaban germinando.

Las preguntas seguían atormentando su cerebro: ¿Por qué? ¿Por qué? No hay respuesta. Mejor, sí la hay, y la encuentra en el simple y sustancial ser hombre; el hombre debe nacer libre, nada de limitar sus derechos naturales. Nada ni nadie. Entonces, ¿por qué los americanos tenemos que depender para todo, para la organización social, económica, política, administrativa, de una Nación extraña, lejana, que ha tratado a estos pueblos, con tanta dureza, con tanta acerbía? ¿Por qué? Las preguntas lo angustiaban y empezaba a nacer la Libertad en el alma del escogido, del único héroe de la América.

DECIMO OCTAVO MOMENTO:

Bolívar había formado toda la campaña de liberación de estos pueblos americanos, dentro de su inconsciente, si lo miramos desde el punto de vista de los descubrimientos psicológicos de ahora; dentro de su alma, en el fondo de su síquis, estaba la inquietud formando postema, en la propia punta de una espina irritativa. Y no tenía ya remedio sino le daba pábulo a sus deseos, a sus ambiciones, a su juramento. Cuando en Venezuela sirve en los ejércitos del General Mariño, encuentra que las armas son un medio; si no se puede por las buenas, hay que buscar este fin por las malas. Y sabemos lo que pasó después del descalabro de Puerto Cabello, que era una posición que se le había encomendado con especiales condiciones, por su situación estratégica.

Piensa entonces que en la Nueva Granada puede estar el centro de toda la acción necesaria para alcanzar sus fines, largamente acariciados.

Y se presenta en Cartagena: el manifiesto de Cartagena es la primera clarinada que da, con toque de somaten. "Yo soy el hijo de la infeliz Caracas", dice. Infeliz Caracas, por cuanto había perdido todo su inicial esfuerzo por darse un gobierno propio, y hacerse independiente; infeliz Caracas. Y los Granadinos que tenían independencia relativa, con gobierno organizado en ciernes, y dividido en opiniones, lo pone bajo el mando de un general francés —Le Batute (¿será el pequeño?)

y éste le encarga la campaña del Magdalena; le da órdenes precisas; no pasará vd. de tal lugar; Mompox puede ser el final de esa campaña.

Pero frente a los éxitos alcanzados, Bolívar se crece y se convierte en Caudillo de su propio destino, en General de un ejército "Propio", en rebelde victorioso acogido así por el Congreso de Tunja que presidía entonces don Camilo Torres. Y organiza las huestes con soldados neo-granadinos, para ir a Venezuela porque la obcecación no lo deja dormir: Caracas es infeliz y él quiere libertarla; el Congreso neo-granadino ha puesto en sus manos el destino de la guerra, y brilla su espada como rayo fulminante. Detrás de él van muchos jóvenes neo-granadinos, atraídos por su genio; era el imán irresistible detrás del cual todos se sentían héroes, cobijados por la gloria. Cuando se presentaban a Bolívar, les parecía que encontraban su destino final; eran felices obedeciendo sus órdenes, por cuanto el genio se impone; y la gloria es radiante y tiene atractivos, como una mujer hermosa para un enamorado.

La gloria es una ambición del hombre, que nace de su participación en la naturaleza divina; la sola naturaleza humana es incapaz de concebirla y mucho menos de ambicionarla; la gloria eleva la conciencia del hombre sobre los pueblos, en el centro de su propia historia, y determina sus destinos; la gloria es la gran ambición, consciente o inconsciente, de todo hombre, en pequeño o en grande: aquel trata de hacer cosas bellas cuando crea una artesanía; el otro la busca cuando crea un monumento que perpetuará su nombre, nada importa que el monumento, en sí, eternice la gloria de otro; el otro escribe libros y trasunta sus ideas en el tiempo para prolongarse más allá de sus fronteras; el otro se hace santo para alcanzar la gloria eterna en los cielos del Señor, que es la suma ambición del hombre, desgraciadamente muy desconocida.

Es tan glorioso San Francisco de Asís, como Bolívar, en el orden de la historia humana; ambos dejaron estela gloriosa en los anales de la tierra; Miguel Angel se eternizó tanto como el dombo de la Catedral de San Pedro en Roma, en donde se ve su nombre subiendo más allá de su altura física; la gloria mueve los corazones y las acciones de todos los grandes; la gloria suena todavía en las sinfónicas del mundo, con el nombre inmortal de Beethoven, de Mozart, de Verdi, de Chopin. La gloria cobija en cada cuadro a nuestro Botero, como recuerda al Greco o Velásquez. Oh!.. la gloria!

Y esa gloria lo atraía con voces de sirena, irresistibles, para que fuera y entrara victorioso a Caracas, su tierra natal, y la declarara ciudad independiente y americana. Y así lo logró un día, en medio de aclamaciones, que sonaban a locura, cuando entró allá, y llevaba una parte muy importante de la raza antioqueña, en el corazón de Girardot, decorosa, reverentemente puesto en urna gloriosa, y llevado en hombros de combatientes.

MOMENTO DECIMO NOVENO:

El delirio sobre el Chimborazo, de cuya autenticidad se duda, es una de las

obras grandiosas de Bolívar. Un crítico literario dijo que si Bolívar se hubiera entregado a las letras y a la poesía, en la misma forma y con el mismo entusiasmo con que se entregó a la guerra, hubiera sobresalido igualmente. Yo no creo tanto en la hipérbole que dicha afirmación contiene; Bolívar nació para la guerra, y nació signado para que en ella labrara su destino, para que en ella encontrara la gloria en el grado sumo en que la alcanzó.

Ello no quiere decir que Bolívar no hubiera sido un buen escritor y, si vd. quiere, un soñador, en muchos casos: dicen que es suya la carta a Fanny de Buillard, escrita en sus últimos días, pero que contiene toda su pasión en forma hermosa sobre modo.

También dicen que el Delirio sobre el Chimborazo esplende como los rayos de Zeus sobre su cabeza; que el Genio buscó el más alto pedestal de América, sobre la cordillera andina, en el propio Ecuador, y se levantó en él para ser un eterno monumento literario; que desde allí miró a la América; que la cubrió con una misma bandera; que profetizó su destino; que le impartió sus órdenes para el ascenso en sus historias subsiguientes, y que se cubrió con la blancura de su nieve, como si fuera el manto de la gloria.

El poeta Ecuatoriano, José Joaquín de Olmedo, le canta a su espada en Junín; y lo mira como el rayo tremendo y cremante de la guerra, que al mismo tiempo que destruye, ilumina el mundo de la libertad. Y Bolívar mismo le hace un análisis crítico, en el orden literario, al "Canto a Junín" del poeta Olmedo. ¿Crítica literaria? Sí, así como lo está leyendo: crítica literaria, con excelente consciencia de lo que decía, sobre musas y sobre retóricas, y sobre inspiración y sobre métricas, sobre versos, con sus hemistiquios y sus acentos. Bolívar, crítico literario.

Otras obras suyas son sus cartas, dictadas a sus amanuenses, dos o tres al mismo tiempo, que son modelo de prosa episcolar, sin duda alguna. El epistolario de Bolívar contiene muestras de su gran cultura, en las alusiones constantes a los clásicos latinos y griegos.

Y sus arengas, al menos las que se conocen transcritas o que él escribió antes de pronunciarlas frente a sus ejércitos, son también modelo de oratoria guerrera, propia para encender en el alma de los luchadores, el fuego del entusiasmo, sin el cual no pueden funcionar las armas que disparan las balas, al impulso de los dedos.

Quién pudiera gozar, quizá en un futuro próximo, de la dicha de oír una de sus proclamas guerreras, que, según los técnicos, vibra todavía en las ondas hertzianas y se llegará el momento, en que el hombre va a rescatarlas.

MOMENTO VIGESIMO:

Aun cuando ya en otros momentos lo he insinuado, es bueno acentuar en uno, eternamente destinado a este objeto, el sentido universal, internacional, sin fronteras, del espíritu de Bolívar.

Ese es, sin lugar a duda alguna, el auténtico sentido cristiano de la vida: nadie quiere tanto a su prójimo como el que da la vida por él; ese es el verdadero amigo. La palabra amigo viene de la palabra latina "amare"; alguien le agregó también al amare, el ego, y de esas dos palabras, hizo la palabra "amigo". Es decir, yo amo a otro. El mandato cristiano tiene mucho de sentido en el orden internacional de los pactos: si se cumpliera ese mandato cristiano, sobrarían todos los pactos de orden humano entre las personas, y de orden internacional entre los pueblos.

La cooperación para el bien común, es parte del amor. Los que sufren y necesitan la cooperación de los otros, tienen "derecho de orden natural, de fuente divina" a que se les preste; el que no la presta pudiendo hacerlo, falta a un mandato de orden natural.

Pero el mandato no tiene fronteras: no se refiere a la cooperación que debemos prestar a los que nos aman, a los que nosotros amamos; eso no tiene dificultad alguna; todos lo hacemos con suma facilidad; pero prestar la ayuda a quien no es nuestro hermano ni amigo siquiera, sino un necesitado anónimo, el que cayó en manos de bandidos por los caminos de Jerusalem a Jericó, es el auténtico cumplimiento del mandato divino.

En el derecho de gentes, en el derecho internacional, las potencias grandes tienen la obligación de respetar el derecho de las pequeñas naciones, por su personalidad de derecho internacional, simplemente; lo demás es un atropello.

Y al revés, ayudarles cuando lo necesitan, es un mandato que se debe cumplir entre las naciones, como se urge entre los hombres.

Eso fue lo que Bolívar hizo: después de que dio libertad a la Nueva Granada, pensó que la misma necesidad estaba urgiendo la vida de las otras comunidades vecinas, sujetas al mismo régimen de una potencia extranjera; y organizó ejércitos internacionales: en ellos había neogranadinos, venezolanos, ecuatorianos, peruanos, y también ciudadanos del alto Perú, que llegó a ser después, Bolivia. Un ejército americano, internacional, para defender una causa común a todos los pueblos.

Lo siguieron grandes hombres que estuvieron bajo su mando, pero algunos de ellos, y se advierte claro en documentos de la época, no entendían el por qué. Hubo quien pensara que Bolívar quería hacerse dueño, emperador, rey, de un gran imperio, compuesto por todas esas naciones, simplemente; que era la hiperestesia de su personalidad la que lo llevaba a todos esos descaminos; que en su ánimo no fulgía como un sol, el ansia de llevarles la libertad, sino el simple sentido personal de crecerse.

No lo entendieron. No habían conocido la carta de Jamaica, seguramente; ni habían conocido sus documentos sobre el sentido internacional de su doctrina, y eran miopes y cortos.

Pero Bolívar brilla en todos sus actos, en todos sus documentos, en todos los momentos que signan la historia de sus momentos gloriosos, por su alma grande,

que no tenía límites.

MOMENTO VIGESIMO PRIMERO:

La Constitución de Bolivia fue uno de los ensayos de derecho fundamental o constitucional más grande que se hizo entonces en toda la América. En todo el panorama de la América no se encuentra, en esa época, un jurista capaz de realizarlo. Bolívar se concentró de veras.

Miro por dentro todo el cúmulo de conocimientos y de experiencias que tenía, adquiridas en Europa, en Estados Unidos y en el mismo mundo americano: tenía ya la experiencia de la constitución de Cúcuta que trataba de recoger el ambiente de tres naciones y conjugar en un sólo interés diversas opiniones y conceptos diversos.

Los juristas de la Nueva Granada habían hecho algunos ensayos de cartas nacionales en Bogotá y Tunja; ninguna de ellas tenía todo el contenido, la fuerza necesaria para imponerse en el ambiente y para constituir la norma que indicara, al mismo tiempo, el norte de la libertad y mostrara los caminos de la prosperidad y de la paz. Todas ellas contradecían, en alguna forma, el criterio del otro. Los centralistas y los federalistas aparecieron desde entonces.

Y, ¿la Constitución de Bolivia había sido obra personal de Bolívar? Al menos no aparece en parte alguna discusión sobre ello. Nadie se ha declarado, ni antes ni después, autor de parte de ese documento extraordinario.

¿Era centralista? Tenía visos de tal, en cuanto que se había inspirado, en cierta forma, en lo que se hacía entonces en el gobierno de Inglaterra; no era una copia de esa constitución, basada, en muy buena parte, en el derecho que nace de la costumbre. Pero sí tocaba algo de sus puntos, de sus modos de ser y de obrar. Había también influencias, en ella, de la carta de filadelfia, que había sido el principio mismo de la constitución norteamericana, que estaba dando excelentes resultados en la práctica.

En la mente de Bolívar estaban influyendo, claro está, estas grandes experiencias de los nuevos y de los viejos países que se habían ya organizado o que se estaban organizando.

Lo cierto es que, en el campo del derecho internacional, Bolívar estaba dictando cátedra en el mundo entero, y todavía se oyen sus clases, con mucho respeto.

Si él pensó en imponer esa carta, expresamente destinada a Bolivia, en la Nueva Granada; si hay alguna referencia a ello, no se conoce con mucha certeza. Sobre ello tejieron sus temores, se levantaron las voces de oposición con mucha antelación, en Nueva Granada; quizá pueda decirse, sin lugar a dudas, que los estudiosos de entonces, el Dr. Azuero, pongamos por ejemplo, no estaban muy impuestos de la real intención del Libertador, ni del contenido profundo de la carta, para

declararle la guerra a ella, y por ese camino, a su autor. Guerra a muerte. El delito era ser genio en el campo de la organización política de los pueblos; el delito era querer la libertad dentro del orden; el delito era pensar en grande y por lo alto, de manera que no alcanzaban su vuelo, los que apenas tenían, no sus aquilinas alas, sino el vuelo familiar de las gallinas.

MOMENTO VIGESIMO SEGUNDO:

Al Libertador Simón Bolívar, lo enterraron en la catedral de Santa Marta, y los gastos que sus exequias demandaron, fueron hechos por voluntarios amigos o conocidos de esa tierra. Eso quiere decir que al Padre de la Patria, lo enterraron de limosna.

Es la verdad: se recogieron ochenta y dos pesos (\$ 82.00) y no alcanzaron para sufragar todos los gastos.

Los donantes fueron, en su orden, los siguientes:

El General Manuel Valdés dio	\$	17,00
El General José María Carreño	\$	12,00
Coronel Joaquín Mier	\$	16,00
Señor Evaristo Ujueta	\$	8,00
Señor Manuel Ujueta	\$	8,00
Señor Pedro D. Granados	\$	5,00
Doctor Esteban Granados	\$	4,00
Señor José Antonio Castaño	\$	2,00
Señor Lorenzo Espejo	\$	1,00
Señor Gregorio Franco	\$	1,00
Señor Luis Bermúdez	\$	1,00
Señor Juan Ojueta	\$	1,00
Señor Joaquín Viana	\$	1,00
Señor Martín Avendaño	\$	4,00
Señor Joaquín Avendaño	\$	1,40
Señor Magín Artus	\$	0,40
Señor Luis Sieley	\$	0,40
Señor José de Jesús Calderón	\$	0,40
Señor Antonio María Silva	\$	0,40
Señor José Ximena	\$	8,00

	Suma	\$ 82,00

Y Diego Sojo se encargó de pagar las cuentas; existen muchos de los recibos por pago de cintas amarillas, negras y de madapollan; de clavos; tachuelas, algunas de las doradas; hilo de carreto y cabuyas; un quintal de cera para hacer cirios; María Antonia Castañeda cobró doce pesos y cuatro reales, por "lavrar un quintal de sera pa. las honrras qe. se han hecho en la Ctedl. pa. su Exa el Libertador. Santa Marta, enero 18 de 1.831".

Y hay más: cuando le quitaron al Libertador la chaqueta militar para hacerle la autopsia, y sacarle el corazón que había dejado a Colombia, encontraron que no tenía camisa.

Esa es la verdad. No necesitaba la camisa de lino, porque estaba revestido y apretado sobre el corazón por Nuestra Señora la Historia. No tenía con qué costear su propio entierro y hubo que acudir a los amigos pudientes para todos esos gastos.

Pero nada de eso lo demeritaba, sino que acrecentaba el brillo de su Gloria.

MOMENTO VIGESIMO TERCERO:

El hombre que fue enterrado de limosna, con el aporte económico de algunos generales y de algunos vecinos de Santa Marta, en la Catedral de esa ciudad, el día 18 de diciembre de 1830, con los posibles honores que el medio y las condiciones circunstanciales lo permitían, había nacido en CARACAS, capital de la Capitanía General de VENEZUELA, el día 24 de julio de 1783, en las horas de la mañana.

Fue hijo del matrimonio legítimo de don JUAN VICENTE BOLIVAR y doña CONCEPCION PALACIOS.

La casa estaba situada en el marco de la plaza de SAN JACINTO, en Caracas y era una vieja casona, de estilo castellano, cuyo portón principal estaba enmarcado en piedra labrada en cuadros pegados con argamasa; encima del dintel, había una especie de redoma labrada de material, y encima, como adornando el marco de la puerta, había un escudo de armas que algunos creen que pertenecía a la familia "BOLIVAR" y otros a la familia "PALACIOS". Por el lado derecho de la puerta de entrada, grande, como las de Santa Fe de Antioquia, había tres ventanas grandes también y hechas en principio de madera, pero que en alguna ocasión fueron cambiadas por hierro. Hacia el lado izquierdo de la puerta había tres ventanas grandes; las del lado derecho daban a la esquina y la casa tenía por el lado de la calle más ventanas grandes. El patio primero era un cuadrado perfecto con un jardín en el centro, que tuvo también una especie de fuente de agua, y que dejó de funcionar muchos años.

La casa en realidad la había heredado de sus padres, dos siglos atrás, Josefa Marín, quien se casó con Pedro Ponte y éste, no sólo no la trató bien en su matrimonio, sino que la dejó en la ruina.

Don Vicente Lecuna hizo hasta lo imposible para reconstruir la casa del Libertador, hasta que lo logró, con auxilios oficiales, en el año de 1921. En esa ocasión y por amistosa insistencia de Lecuna, dijo el discurso de inauguración de la reconstrucción de la casa de Bolívar, Carlos Borges, sacerdote, quien en esa pieza se muestra un orador genial, devoto del héroe y cantor de las glorias pasadas de

la familia que le había dado vida y honra a esa casona.

Allí nació el Libertador Simón Bolívar; esa casa reconstruida, constituye para el mundo un santuario, gracias a los esfuerzos de Vicente Lecuna. Nadie antes se había preocupado de ello.

Y allí se inició la vida del Libertador. Allí murió su padre, cuando él apenas tenía tres años; y su madre, cuando apenas cumplía los seis; por esos corredores discurrió su infancia y en esos corredores y en esas salas dialogó con don Simón Rodríguez, muchas veces.

La negra HIPOLITA, que de esclava de la familia se convirtió en su nodriza, en su madre, en su primera directora y educadora, fue en su historia particular un gran amor agradecido. La Negra Hipólita merece un homenaje generoso de la historia, cuando ahora recordamos que, hace doscientos años, ella llevaba en sus brazos, dormía en su regazo y le cantaba en la cuna, a un niño que se llamaba Simón, José Antonio de la Trinidad Bolívar y Palacios que llegaría a ser, con el andar de los días, la figura más grande de la historia de toda la América. La Negra Hipólita sembró en la vida física de Bolívar mucho de su vigor; lo alimentó con su leche y con su espíritu y con su amor. Lo tuvo, tuvo al "niño Simoncito", como el más preciado don que el cielo le había dado. Y ese regalo le vino del cielo el día 24 de julio de 1783, hace precisamente hoy, cuando termino estos comentarios o momentos, doscientos años.

Medellín, 24 de julio de 1983.